

La agresión de EEUU contra Panamá y sus implicaciones para América latina

Guillermo Castro

El problema de la agresión estadounidense contra Panamá y sus implicaciones para América Latina debe ser visto en una perspectiva histórica. Esa perspectiva nos permitirá apreciar de inmediato dos cosas. En primer lugar, que a lo largo de este siglo los sucesivos gobiernos de EEUU nos han desplegado una amplia gama de políticas y métodos de intervención contra las naciones de América Latina, correspondientes tanto al contenido de sus intereses de dominación regional como al grado y las formas de desarrollo histórico de nuestros Estados nacionales. En segundo lugar, que en su inmensa mayor parte esas políticas y métodos de intervención se han desplegado a partir del interés estadounidense por obtener, consolidar y desarrollar una posición hegemónica en la cuenca del Caribe.

La subregión centroamericana y caribeña, en efecto, fue el escenario en que se aplicó, a lo largo de los primeros treinta años de este siglo, la llamada "política del gran garrote", que inauguró la lucha del imperialismo norteamericano por obtener una posición hegemónica en América Latina. Esa política permitió a los EEUU —mediante intervenciones militares en Cuba, Puerto Rico, Panamá, Haití y Nicaragua—, crear entre 1898 y 1930 el primer gran espacio territorial para su ulterior expansión imperialista, fundamentalmente a costa del imperialismo británico más antiguo.

Sin embargo, la creciente resistencia de nuestros pueblos a la dominación de la nueva potencia que ingresaba en la escena latinoamericana llevó —tras el breve intermedio de la llamada "política del buen vecino"— a la aplicación por los EEUU de un nuevo método para la protección de sus intereses hegemónicos, a través de la creación de satrapías militares, apoyadas y financiadas en nombre de la "defensa hemisférica" del llamado "mundo libre".

Esta segunda fase, que se inició y concluyó con la dinastía de los Somoza en Nicaragua, incluyó regímenes como los de Trujillo, en República Dominicana; Batista, en Cuba; Castillo Armas, en Guatemala; Pérez Jiménez, en Venezue-

la; Rojas Pinilla, en Colombia, y se prolonga de algún modo en ese fósil sangriento llamado Alfredo Stroessner, en Paraguay. A diferencia de dictaduras de más antiguo cuño —como la de Díaz, en México, y la de Gómez, en Venezuela—, surgidas de los avatares del desarrollo histórico de nuestros Estados nacionales a fines del siglo pasado y principios de éste, y posteriormente asociadas al imperialismo estadounidense, las satrapías de los años 40 y 50 surgieron y se consolidaron como resultado de una política consciente y sistemáticamente ejercida por el aparato político-militar de EEUU.

Esa política, encaminada a delegar en los ejércitos latinoamericanos la tarea de convertirse en garantes de los intereses

imperialistas en sus respectivos países así como en verdugos de sus propios pueblos, generó incluso un complejo sistema institucional interamericano, que tuvo en el llamado Pacto de Río de Janeiro una de sus expresiones más acabadas. En el desarrollo de la misma, el enclave militar de EEUU en Panamá desempeñó un papel de primer orden, actuando como retaguardia profunda de esas dictaduras y como centro de formación y entrenamiento de sus cuadros militares, a través de la tristemente célebre Escuela de las Américas, hoy desaparecida como resultado de la lucha nacionalista y latinoamericanista del pueblo panameño. Puede afirmarse, además, que esa política contribuyó a establecer lo que hasta ahora constituye

PROBLEMA DE TODOS

"...¿será usted candidato presidencial?"

Ese problema pregúnteselo a los comandantes en jefe de las instituciones y general director de Carabineros, porque yo no me nomino solo. Ellos sabrán si me van a nominar o no. Es problema de ellos y no mío."

Augusto Pinochet en declaraciones a la televisión española; *El Mercurio*, Santiago de Chile, 5 de junio de 1988.

un marco de referencia fundamental de los EEUU en la definición de sus relaciones con América Latina, al que nunca han renunciado e, incluso, han intentado revitalizar por diversas vías hasta el presente.

Corrientes de FFAA nacionalistas

Para las décadas de 1960 y 1970, sin embargo, las crecientes dificultades de los EEUU para contener las luchas liberadoras de nuestros pueblos a partir del viraje decisivo que significó el triunfo de la revolución cubana, así como la autonomía creciente de nuestros Estados nacionales, dieron lugar a una tercera etapa en esta historia. Esta etapa, en correspondencia con el carácter cada vez más complejo de las relaciones interamericanas, se define por una combinación de dos métodos fundamentales.

El primero de ellos correspondió a los llamados gobiernos de "contrarrevolución preventiva", sustentados en partidos de orientación socialcristiana como los de Eduardo Frei, en Chile y Rafael Caldera, en Venezuela. Se trataba en estos casos de iniciativas encaminadas a neutralizar movimientos populares de notable desarrollo organizativo y auténtica vocación nacionalista y democrática. Esas iniciativas recibieron en su momento apoyo financiero, político, militar y diplomático comparable al que han disfrutado los gobiernos costarricenses posteriores al triunfo de la revolución sandinista, con propósitos de contención también comparables.

El segundo de estos métodos corresponde a los llamados regímenes de "seguridad nacional", característicos sobre todo de aquellos países del Cono Sur —Brasil, el primero— en los que los marcos traicionales de la vieja democracia oligárquica no bastaron ya para contener la insurgencia popular. A diferencia de las satrapías militares de viejo cuño, estos regímenes enfatizaron la represión sistemática de las vanguardias organizadas del movimiento popular a partir de la identificación del comunismo como un "enemigo interno" fundamental y ya no meramente como una amenaza "extracontinental".

Para este período, sin embargo, surgió un fenómeno de nuevo tipo, que llegaría a tener profundas consecuencias para las políticas de dominación que describimos. Se trata del surgimiento de corrientes nacionalistas de orientación



populista y contenido progresista en diversas fuerzas armadas latinoamericanas. Los ejemplos más destacados de este fenómeno se ubicaron en Panamá, con el proceso de liberación nacional liderizado por el general Omar Torrijos y sustentado en una alianza entre militares nacionalistas y amplios sectores populares y de capas medias, y en Perú, con el régimen revolucionario que en su momento encabezara el general Juan Velasco Alvarado.

Estas nuevas corrientes, y en particular la panameña —que se ha revelado inclaudicable y que actúa en el corazón mismo del sistema de dominación militar estadounidense para América Latina—, produjeron alteraciones de gran profundidad en la lógica de dominación regional del imperialismo y facilitaron el desarrollo de situaciones de nuevo tipo en toda la región, abriendo espacios antes vedados a las luchas de liberación de nuestros pueblos.

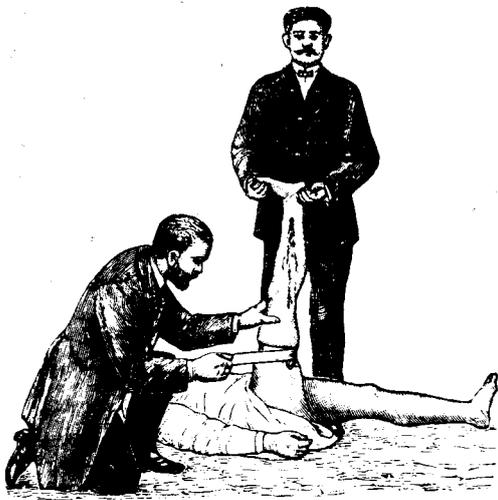
Nueva solidaridad

Los años 70 vieron así surgir la solidaridad entre Estados latinoamericanos en lucha por redefinir las relaciones de dominación que los condenaban a situaciones de atraso, explotación y permanente inestabilidad y violencia internas, en beneficio exclusivo de los intereses del imperialismo norteamericano. Esas expresiones de solidaridad regional vinieron a sustituir la relación de complicidad individual de cada Estado latinoamericano con el gobierno de los EEUU en contra de sus propios vecinos, que había tenido su más denigrante expresión en la

llamada Fuerza Interamericana de Paz que avaló la agresión norteamericana contra la República Dominicana en 1965 y que, en una escala menor pero no menos vergonzosa, llevó a algunas pequeñas repúblicas del Caribe anglófono a respaldar la agresión del gobierno del presidente Reagan contra el pueblo de Granada en 1983.

A esa nueva solidaridad latinoamericana, promovida y apoyada de manera especialmente destacada por el gobierno del general Omar Torrijos, se debió en una importante medida el triunfo histórico obtenido por el pueblo de Panamá con la firma del programa de descolonización contenido en los Tratados Torrijos-Carter de 1977. A esa nueva solidaridad correspondió también una parte significativa de la victoria obtenida en 1977 por el pueblo nicaragüense en su lucha contra la dinastía sangrienta de los Somoza, así como el éxito de su heroica resistencia contra la agresión estadounidense de que ha sido objeto durante toda esta década.

A esa solidaridad nueva, en fin, correspondieron hechos tan disímiles en apariencia como los éxitos obtenidos por el pueblo cubano en la reapertura de sus relaciones diplomáticas con múltiples naciones latinoamericanas en los años 70, y el apoyo decidido de toda América Latina a la República Argentina ante la agresión británica de 1981, por encima y más allá de que aquel país se encontrase entonces sometido a una brutal dictadura militar que sólo encontró la traición como pago a su sometimiento a los dictámenes del imperialismo norteamericano. Esas



nueva solidaridad, en fin, redefinió en una medida decisiva el marco en el que los EEUU tendrían que luchar por la preservación de sus intereses regionales en la década de 1980.

Escenarios de confrontación

La década de 1980 ha visto el enfrentamiento entre una América Latina más unida y madura que nunca —pero también más sometida al chantaje de las políticas de los organismos financieros del imperialismo, particularmente en lo relativo al servicio de su impagable deuda externa— y el gobierno más retrógrado, amoral y reaccionario que hayan tenido los EEUU desde, por lo menos, los años de Harry Truman.

Este gobierno ha debido enfrentar la más compleja y profunda crisis que ha conocido el imperialismo norteamericano y lo ha hecho a partir de concepciones correspondientes al período de auge como potencia mundial de que disfrutaron los EEUU en la primera mitad de la década de 1950. En perspectiva, la crisis actual de la política exterior norteamericana —y el recrudecimiento de sus aspectos más agresivos, como correlato de esa crisis— se deriva evidentemente del empeño obcecado en la tarea imposible de restituir todos los términos de las relaciones internacionales a las condiciones imperantes en aquel período.

Ese empeño ha dado lugar a una visible desorganización de todo el sistema de relaciones internacionales creado por la administración Carter en el Medio Oriente, África, Asia y América Latina. En este último caso, la desorganización se ha dado a través del abandono de la política de búsqueda de términos de entendimiento para la solución negociada de conflictos reales o potenciales, de la cual constituyó muestra el Tratado Torrijos-

Carter antes mencionado. Por el contrario, la década de 1980 se ha caracterizado por una política de creación de escenarios de confrontación, particularmente en América Central —donde se destacan los casos de Nicaragua, El Salvador y ahora Panamá—, que han servido a su vez como elementos de presión para el logro de objetivos políticos y económicos en otras áreas.

Brutalidad física y socioeconómica

Es en esos escenarios de confrontación donde se desplegó, a lo largo de esta década, la doctrina de los llamados “conflictos de baja intensidad”, cuya esencia consiste en garantizar que fueran los latinoamericanos quienes aportaran los cadáveres en las guerras que pudiera requerir la preservación de los intereses reales o supuestos de los EEUU en la región. Este tipo de conflicto —cuya intensidad sólo es “baja” para la potencia que los promueve, pero resulta altísima para las naciones en cuyo territorio se desarrollan—, se tradujo inevitablemente en una militarización que a su vez generó constantes amenazas de expansión de los escenarios en cuestión. Ello permite entender que hayan concentrado una parte significativa de la atención pública y de las iniciativas políticas y diplomáticas en la historia reciente de las relaciones entre EEUU y América Latina.

Sin embargo, la brutalidad física del “conflicto de baja intensidad”, que se despliega contra algunos de los países más empobrecidos de la región, no es esencialmente distinta a la brutalidad socioeconómica del conjunto de la política exterior de EEUU hacia América Latina. Esa política tiene como objetivo evidente desarticular la nueva solidaridad latinoamericana, restaurar el bilate-

ralismo como norma en las relaciones intrarregionales y forzar a cada Estado nacional latinoamericano a aceptar políticas económicas y sociales encaminadas de hecho a reducirlos a entidades puramente “administrativas” al servicio del gran capital financiero transnacional.

Lo anterior significa, en la práctica, utilizar el endeudamiento externo como motivo de enfeudamiento de los Estados latinoamericanos al Estado imperialista norteamericano, que actúa como representante de ese gran capital financiero transnacional. Ello implica anular la capacidad de esos Estados para expresar y resolver las contradicciones internas de sus respectivas sociedades nacionales, convirtiéndolos en instrumentos pasivos para la extracción y transferencia al exterior de porcentajes cada vez mayores de la riqueza producida por decenas de millones de trabajadores latinoamericanos, a quienes todo esto condena a un incesante empeoramiento de sus condiciones de vida y de sus derechos humanos.

Dos modelos combinados...

Esta política, que obtuvo algunos desastrosos éxitos iniciales en países como la Jamaica de Edward Seaga, ha dado lugar a una profundización de las luchas populares en toda América Latina, que tienden a rebasar una y otra vez todos sus cauces tradicionales de expresión. Esas luchas, a su vez, han neutralizado la iniciativa política de los gobiernos que, de una u otra manera, se han manifestado dispuestos a aceptar el vasallaje que pretenden imponerles los organismos financieros del imperialismo.

De este modo, se ha creado una situación de virtual y peligroso estancamiento del conflicto político regional. Ni los pueblos latinoamericanos están en capacidad de derrotar al imperialismo en el marco institucional de las presentes relaciones de dependencia, ni el imperialismo está en capacidad de imponer de manera cabal y permanente sus intereses globales al conjunto de los Estados de la región.

En estas circunstancias y en el marco de las urgencias de una coyuntura electoral en los EEUU era de algún modo inevitable que llegaran a combinarse en uno solo los dos modelos de intervención que han caracterizado la política exterior norteamericana hacia América Latina en los años 80. Oliver North y James Baker con-

curren, así, a un mismo acto en el escenario en el que hasta entonces habían parecido alternarse. Ese proceso es el que está en marcha en la agresión contra Panamá. A través del mismo, se está gestando lo que muy bien puede llegar a ser el nuevo modelo de intervención norteamericana contra América Latina para la década de 1990.

...un modelo también nuevo

El nuevo modelo de intervención que se viene aplicando contra Panamá desde junio de 1987 —y que se ha tornado en abierta agresión desde marzo de 1988—, consiste en esencia en la aplicación al terreno de la política de los criterios y los métodos del “conflicto de baja intensidad”. Tres factores tienen especial relevancia en este modelo:

a) *La constitución por el imperialismo de sujetos políticos propios al interior de la sociedad ajena*, aprovechando a su favor el rebasamiento de los marcos tradicionales de la política por la lucha de masas derivada de la agudización de la crisis económica. En este caso, este factor ha operado a través de la llamada Cruzada Civilista Nacional, un conglomerado de asociaciones empresariales y gremios profesionales indirectamente avalado por la jerarquía de la Iglesia católica y destinado a ofrecerle un frente “cívico” de masas a los partidos oligárquicos tradicionales.

b) El recurso a la desinformación y la guerra psicológica para brindar apoyo ideológico y crearle espacios de manobra política al sujeto así creado, procurando desacreditar al gobierno nacional en lo interno y aislarlo en lo externo, particularmente en lo que se refiere a la posibilidad de que aproveche a su favor la solidaridad del resto de los Estados latinoamericanos.

c) La aplicación de medidas de agresión económica con dos propósitos. Uno, convertir al sujeto político del imperialis-

mo en el presunto intermediario idóneo para la “reconstrucción” de un país devastado y la “salvación” de una población desesperada. Dos, utilizar esa “reconstrucción” para aplicar sin trabas el programa económico que comparten el gran capital financiero transnacional y la gran burguesía monopólica local.

Respecto al significado social de este modelo, cabe señalar que —ya en agosto de 1987—, uno de los ideólogos más destacados de esa burguesía local indicaba que el correlato económico de un eventual triunfo del tipo de democracia por el que lucha la llamada Cruzada Civilista Nacional incluiría que “los precios y los salarios quedarían a la libre determinación del mercado”, que habría “más flexibilidad en el régimen laboral y tanto los incentivos como los impuestos se tratarían de racionalizar para promover una racionalización de la economía” y que el Estado, finalmente, “en vez de ser regulador e intervencionista cambiaría su papel a un estado más promotor”¹.

Antecedentes y correlatos

Este nuevo modelo de intervención no carece ni de antecedentes ni de correlatos en otros países de América Latina. De entre esos antecedentes, destaca la campaña preparatoria del golpe de Estado que llevó al poder al general Augusto Pinochet en Chile. Ese golpe fue precedido por un amplio y prolongado despliegue de medidas de agresión económica, de desinformación y de desarticulación de la sociedad política de aquel país. Sin embargo, si bien el proyecto Pinochet constituyó en su momento un éxito político para los EEUU, no tardó mucho —horas, apenas— en convertirse en un fracaso de relaciones públicas, que desde entonces

¹ Chapman, Guillermo: “Perspectivas económicas a corto y mediano plazo: 1987-1990”, en Centro Financiero, Panamá, noviembre de 1987, p. 33.

acosa a la política exterior estadounidense hacia América Latina.

Entre los correlatos que cabe mencionar, por otra parte, se cuentan hoy en día la campaña electoral que despliega el Partido de Acción Nacional en México, y la actividad del llamado “Frente Democracia” en Perú, ambos estrechamente ligados al capital financiero en sus respectivos países y a los sectores más retrógrados de la política estadounidense. En esos casos, como en el de Panamá, el sujeto político del nuevo modelo de intervención se ha constituido a través de la colaboración entre el poder económico de los sectores empresariales, el poder social de la Iglesia católica y la capacidad de organizaciones de corte socialcristiano para darle un viso de coherencia y de compromiso con el “bien común” al empeño por instaurar en estos países gobiernos dóciles a los dictados del imperialismo que los oprime.

Únicamente en Panamá, sin embargo, las cosas han llegado a un punto en que todos los elementos están desplegados y en que el éxito o del fracaso de la empresa depende el destino de un buen número de burócratas del Departamento de Estado e, incluso, el de algún precandidato a la sucesión de Ronald Reagan.

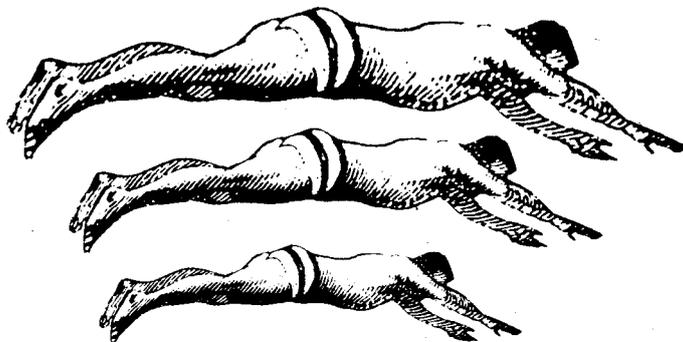
Importancia de Panamá

Ha sido aquí donde la campaña de desinformación ha llegado al punto de saturar los circuitos internacionales de información con todos los miedos de todos los medios, desde Muammar Kadafi al cartel de Medellín, desde la dictadura tenebrosa de Jean Claude Duvalier a la sombra amenazadora de Fidel Castro. Ha sido aquí donde la agresión económica pasó del estado de “presiones” en materia de financiamiento externo y de exportaciones, aplicadas desde 1985, a la intención expresa de “cortarle la yugular” a Panamá, declarada en su momento por un senador yanqui. Ha sido aquí don-

ESTALINISTA

“...mencionó al presidente del PPD, Ricardo Lagos, comparándolo con Stalin, pues ‘ambos hablaban de la democracia’.”

Augusto Pinochet; *La Epoca*, Santiago de Chile, 24 de junio de 1988.



de se ha llegado al punto de que el presidente de los EEUU invoque poderes económicos extraordinarios para agredir a Panamá, en nombre de la "amenaza para la economía, la política y la seguridad nacional de los Estados Unidos" que, según la Casa Blanca, representan el general Noriega con sus catorce mil soldados, y el presidente Solís Palma, con su gobierno agobiado por dificultades económicas y financieras de todo tipo.

Para comprender el por qué de este bárbaro ataque contra nuestro país, debemos ubicar a Panamá dentro del conjunto de América Latina, como parte integral de esa cuenca del Caribe que, decíamos, ha constituido históricamente uno de los puntos nodales de la hegemonía estadounidense sobre nuestras naciones. Comprender las implicaciones para América Latina de la agresión que hoy sufre Panamá exige, en efecto, comprender la importancia del papel que nuestro país desempeña en el marco geopolítico del proyecto global de dominación con que el imperialismo norteamericano desea resolver a su favor la crisis que lo afecta e ingresar al siglo XXI en una situación hegemónica renovada.

Cuatro objetivos fundamentales

La agresión estadounidense contra Panamá persigue cuatro objetivos fundamentales, todos ellos de singular importancia para el futuro de América Latina. Estos objetivos son:

a) Instalar en este país un gobierno dócil a los intereses del imperialismo, creando al propio tiempo los métodos y precedentes necesarios para repetir la aplicación del nuevo modelo de intervención que se desarrolla aquí en contra de cualquier otra de nuestras naciones que se resistiera en el futuro a las presiones e intereses unilaterales de los EEUU.

b) Obtener de ese gobierno dócil un pacto militar que permita al imperialismo conservar y ampliar las instalaciones del Comando Sur en territorio panameño, con el propósito de hacer del istmo una plaza de armas para la contrainsurgencia y el control militar directo de toda América Latina. Para ello, el imperialismo aspira a crear un complejo aeronaval en la Península de Azuero, sobre el océano Pacífico, e instalar una Fuerza de Despliegue Rápido en la provincia de Bocas del Toro, sobre el mar Caribe. Todo esto implicaría aumentar desde 15 mil hasta

más de 100 mil el número de unidades del ejército de ocupación que mantienen los EEUU en Panamá, prolongando además la presencia de ese ejército en nuestro territorio hasta bien entrado el siglo XXI y convirtiendo a nuestro país en un virtual protectorado militar.

c) Obtener de ese gobierno dócil el aval necesario para mediatizar el proceso de reversión del Canal de Panamá acordado en los Tratados Torrijos-Carter, entregando la vía interoceánica a corporaciones transnacionales asociadas a empresarios panameños. Ello significaría una virtual recolonización del istmo, que subordinaría el uso del Canal a los intereses transnacionales y condicionaría negativamente el acceso de América Latina a esa vía de comunicación vital para su comercio internacional.

d) Obtener de ese gobierno dócil el apoyo diplomático necesario para quebrar por dentro la nueva solidaridad latinoamericana, cancelando iniciativas como la del Grupo de Contadora y procurando además—como ya lo ha solicitado Vernon Walters en su reciente gira sudamericana— que los organismos latinoamericanos de coordinación regional se subordinen a los intereses y necesidades de la política exterior estadounidense.

Primera batalla

El carácter específico de estos objetivos, determinado por la peculiar situación geopolítica de Panamá, no debe llevar a nadie al cómodo y peligroso recurso de considerar que la agresión que sufre nuestro país se reduce a un problema puramente bilateral en nuestras relaciones con los EEUU. Por el contrario, la agresión de que somos objeto forma parte integral del propósito que antes mencionábamos como elemento cardinal en la política actual de los EEUU hacia América Latina: retrotraer el conjunto de las relaciones hemisféricas al estado en que se encontraban a principios de la

década de 1950, período de hegemonía indisputada de los EEUU sobre toda la región latinoamericana, que para nosotros significó la brutal y sistemática imposición de regímenes sangrientos al servicio descarado de intereses hostiles a nuestros pueblos.

Vistas las cosas de este modo, América Latina puede y debe comprender dos verdades fundamentales que se desprenden de la agresión que hoy sufre Panamá. En primer lugar, que si el gobierno estadounidense consigue sus objetivos de recolonización política, militar y económica de Panamá, habrá apoyado un puñal en la espalda de cada país latinoamericano. En segundo lugar, que si EEUU consigue el objetivo de aislar a Panamá de la solidaridad latinoamericana —y aun de contar con la colaboración de gobiernos como el de Oscar Arias, en Costa Rica, para el logro de sus objetivos en el istmo—, habrá obtenido carta blanca para hundir ese puñal a voluntad en la espalda de cada uno de nuestros pueblos.

Debe entenderse, así, que la agresión que hoy sufre Panamá no es otra cosa que el caso más extremo a que ha llegado la política arrogante y hegemónica aplicada contra el conjunto de América Latina por los EEUU a todo lo largo de esta década. Las circunstancias históricas y geopolíticas que determinan el curso actual de confrontación con el imperialismo yanqui que le ha sido impuesto al pueblo panameño, han hecho de nuestra patria el escenario de la primera batalla de un conflicto que nos atañe irremediablemente a todos.

Ante esa realidad, no cabe otra actitud que la exigida por José Martí cuando, en 1891, advertía a los latinoamericanos sobre el peligro de la expansión imperialista que por entonces iniciaban los EEUU: "Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes". (X)